

gunas ideas sobre las cosas, habrá captado algunas propiedades concretas y podrá, incluso, realizar sencillas comparaciones, y hasta generalizaciones y clasificaciones muy elementales; pero no hay ninguna necesidad de que exprese estas experiencias en esas frases en que el autor trata de vulgarizar conceptos científicos, consiguiendo a veces deformarlos, pero no hacerlos más comprensibles para el niño.

En cambio, deberían utilizarse, en mucha mayor medida de lo que es frecuente, libros de láminas, dibujos e historietas, y, en cuanto el niño se inicie en la lectura, libros de cuentos, narraciones, leyendas, fábulas y poesías. Y no sólo con carácter instrumental —porque el cuento es el mejor incentivo para la lectura, como lo reconocen los métodos más modernos—, sino porque hay que cultivar el sentimiento, la fantasía y la imaginación del niño, demasiado olvidados en nuestra escuela intelectualista. Y aquí sí que tiene cabida la memorización: que los niños aprendan cuentos, canciones, poesías, dramatizaciones. Son la expresión de un mundo perfectamente comprensible para ellos y que también reclama sus derechos.

Cursos tercero y cuarto (ocho y nueve años).

En este período el libro puede ya cumplir una función informativa. Puede servir para dar a conocer al niño aspectos de la realidad no circundante. Pero deberá presentar aspectos *concretos* de esa realidad y mantener un equilibrio entre la información verbal y gráfica. Las ciencias naturales y las ciencias sociales, concebidas como grandes sectores de conocimientos, ofrecen un material abundante, que puede ser captado por los niños si procuramos darles datos, sucesos, hechos y relaciones concretas, sin preocuparnos de las grandes síntesis, definiciones y leyes científicas que constituyen aún esquemas difícilmente comprensibles. Narraciones y descripciones vividas, acompañadas de abundantes ilustraciones y datos objetivos (que satisfacen la curiosidad infantil), debería ser el contenido de los textos escolares a esta edad.

Los cuadernos, libros o fichas de trabajo, siguiendo la línea iniciada en cursos anteriores, pero con mayor intensidad y profundidad a medida que el desarrollo del alumno lo permite, deberían estimular las actividades de análisis, comparación, generalización y aplicaciones diversas (manuales, gráficas) sobre los datos que ofrece el libro, como la búsqueda de datos suplementarios en otros libros o en la realidad misma, ya que la observación y la experiencia directa no debe abandonarse a lo largo de toda la escolaridad.

Cursos quinto y sexto (diez y once años).

Estos cursos señalan una época de transición en la que el libro (y la enseñanza) debe ir perdiendo elementos intuitivos. Con ello no queremos decir que el aprendizaje parta de la abstracción, sino que puede llegar a ella. Tras un trabajo previo de observación, experimentación, explicación o descripción, según los casos, puede llegarse a la formulación de verdaderas definiciones, conclusiones o leyes generales, cuyo sentido es ya comprensible para el alumno, y que, por tanto, no hay inconveniente en que aparezcan en el texto e incluso se memoricen. Es posible también iniciar la separación por «asignaturas», pero la sistematización científica, es decir, la presentación de las diversas ciencias como sistemas coherentes de relaciones, creemos que no puede lograrse sino a partir precisamente de los once años, cuando bruscamente queda cortada la escolaridad obligatoria.

El cuaderno de trabajo individual adquiere en esta etapa una gran importancia, por cuanto el alumno es ya capaz de un trabajo autónomo más profundo y continuado, y el desarrollo del sentido crítico le permite ejercer un mejor control y exigencia en sus realizaciones. También sería deseable que los libros, especialmente las guías didácticas y los libros del maestro, previesen en esta etapa la realización de proyectos o trabajos en equipo, que si bien tienen cabida en todos los períodos escolares, adquieren en éste su máxima virtualidad educativa.

CUADERNOS DE TRABAJO: TIPOS, CONDICIONES Y EMPLEO

Por JUAN JOSE ORTEGA UCEDO
Director de Grupo Escolar. Barcelona

GENERALIDADES

El enseñar y el aprender, el proceso didáctico seguido, su valor positivo o negativo, la cantidad y calidad didáctica que en cada maestro hay, suele calibrarse por muchos mediante el examen del cuaderno de trabajo del alumno. Si tal es la importancia que a este instrumento se le confiere parece natural que comencemos primero por indicar, aunque sea brevemente, nuestro propio pensamiento sobre los grandes rasgos que

han de caracterizar el camino a seguir al tratar de comunicar conocimientos.

“La lección, según el concepto antiguo, consistía en una serie de comprimidos doctrinales que explicaba el Maestro y los niños memorizaban, y, en muchos casos, se reducía a esto último. El concepto actual ha variado radicalmente no siendo admisible que un Maestro diga que “ha dado” tantas lecciones, ni siquiera que las ha explicado. Porque “la lección no se da ni se toma”. La lección se elabora con ciertos materiales, por

los alumnos, dirigidos por el Maestro: "se hace". El dar, alargando la dádiva, y el tomar, recibiendo pasivamente lo que se da, entrañan una acción muy débil. Sólo por la acción enérgica se elabora, se construye, se edifica. La lección, pues, se elabora, se "hace", se construye con los materiales aportados por los que la elaboran, la hacen, la construyen, la "trabajan", la amasan, si todas estas expresiones caben aunque sólo sea para sensibilizar de alguna manera las múltiples operaciones que alumnos y Maestros deben poner a contribución." (1).

(1) De RITMO, Período de Perfeccionamiento.—Libro del Maestro, por J. J. Ortega Ucado.—Ed. Rivadeneira.—Madrid.

Esta concepción del desarrollo de la lección aplicable, en general, al complejo de toda la actividad escolar, viene cuantificada y perfilada en el manual escolar, o por el Maestro, y es sintetizada, esquematizada y resuelta en la parte práctica en el *cuaderno de trabajo* del alumno.

TIPOS, CONDICIONES Y EMPLEO.

En un recorrido por nuestras escuelas encontraríamos cuadernos de trabajo de muy diversos tipos que podríamos agrupar así:

Tipos de cuadernos de trabajo.

1. Realizados enteramente por los niños.

A) Distintos por la disposición material.

- a) Hojas sueltas.
- b) Libretas corrientes.
- c) Blocs cosidos en espiral.
- d) Carpetas con hojas intercambiables.

B) Distintos por los principios que informan el método.

- a) Sustituyen al texto y son distintos cada curso.
- b) Sustituyen al texto y son iguales cada curso.
- c) Con textos y dibujos idénticos entre alumnos diferentes.
- d) Con textos y dibujos distintos entre alumnos de un mismo curso.

2. Con guiones y ejercicios redactados por autores especializados.

A) Destinados a la práctica de mecanismos y destrezas artísticas y manuales.

- a) De Cálculo.
- b) De Lenguaje.
- c) De Geografía.
- d) De Ciencias, etc.

B) Destinados a la afirmación o adquisición de conocimientos aptos para la puesta en acción del complejo psíquico del escolar.

- a) De deberes.
- b) De vacaciones.

1. Dentro del tipo de cuadernos de trabajo realizados enteramente por el alumno, y siguiendo con rigor el orden trazado en el cuadro anterior, hallamos dos grupos: *A*, distintos por la disposición material y *B*, distintos por los principios que informan el método.

Si tuviese oportunidad de interrogarnos el lector nos preguntaría qué variantes de cada grupo preferimos. No vamos a hurtarle la contestación.

En cuanto a las variantes del grupo *A*, sin detenernos en razonamientos justificativos de nuestra posición, anotaremos simplemente que nuestras simpatías van precisamente en orden inverso al que aparecen expuestas.

Apresurémonos a considerar, sin embargo, las modalidades del grupo *B* que revisten mayor importancia en el orden didáctico y empecemos por

sentar con firmeza nuestra posición. El contenido de un *cuaderno de trabajo* no puede consistir en la mera transcripción de unos resúmenes preparados por el autor de un manual escolar con la copia también de un dibujo alusivo al texto. Es más, bastante más: es el manual en síntesis que "hace", que "elabora", el niño de acuerdo con los jalones del libro que sirve de auxiliar, o marca el maestro, y la supervisión y alta dirección de éste. Es este proceder la consecuencia del concepto de desarrollo del quehacer escolar esbozado al principio.

Un cuaderno de trabajo en un grupo cualquiera no debe ser enteramente igual a otro, según nuestra tesis. Y no es que difiera nada más por el tipo de letra y el expresivismo más o menos logrado del dibujo que copió, sino porque el cua-

Formo de trabajo es personal, individual, y en él debe dejarse margen, lo más amplio posible, para que respondiendo en todo caso al rigor científico, permita la manifestación de su propia individualidad y la participación del alumno en el proceso del aprendizaje y su propia formación.

Un joven Inspector nos manifestó un día su intensa amargura al comprobar que no ya dentro de una escuela, sino en muchas de las escuelas de su zona los cuadernos de trabajo de los alumnos respondían a un idéntico patrón: contenían los mismos textos e idénticos dibujos. Utilizaban en todas ellas los mismos manuales que transcribían literalmente y los ilustraban con los propios dibujos de las "enciclopedias" que copiaban con absoluta fidelidad. Tenía razón nuestro amigo al hacernos partícipes de su dolor porque esto es la antítesis de lo que debe ser un cuaderno de trabajo. Y no es que un cuaderno no pueda contener más que las propias elaboraciones del alumno; un ejercicio de dictado, naturalmente, será idéntico en todos los cuadernos de alumnos de un mismo curso y se puede copiar una definición y una poesía, pongo por caso. Lo que queremos dejar expuesto bien claro es que un cuaderno de trabajo no tiene nada que ver con un cuaderno de copias de dibujos y resúmenes por muy felizmente logrados que sean y muy meritorios que por su presentación parezcan.

El cuaderno de trabajo revela, a quien sepa valorarlo, como dijimos al principio, la impronta y calidad didáctica que el Maestro imprime a su obra, y a la vez la personalidad del alumno si se le dio oportunidad de exteriorizarla. Ni el empeño puesto en la obra, ni las deficiencias, ni el buen sentido pedagógico, ni los errores didácticos, escapan a un agudo examen. Tan delator de nuestra labor es. Preciso será, pues, pensar y meditar en lo que debe ser y no puede en modo alguno seguir siendo allí donde no responda a unas exigencias mínimas.

Con estas bases por delante podemos ya meditar sobre las cuatro variantes anotadas en el grupo B.

Incluimos aquí:

a) Cuadernos que pretenden recoger la totalidad de las materias de enseñanza (se carece de manuales escolares y únicamente se utilizan libros de consulta) y son distintos de un curso a otro; b) que intentan también recoger la totalidad del contenido de los manuales, siquiera sea su esencia, prescindiendo de ellos, pero que por un vicio acomodaticio del Maestro en nada difieren de un año escolar a otro, se van repitiendo; c) que registran puntos esenciales de cada lección o unidad de trabajo, ejercicios explicativos y ampliatorios y notas de actualidad, más dentro de cada grupo de alumnos del mismo curso no difieren en absoluto por su contenido (causas diversas originaron la inhibición del Maestro en su papel rector, se dejó sustituir por el ma-

nual y éste esclavizó al alumno reduciendo su labor a transcribirlo servilmente), y d) por el contrario, cuadernos de contenido similar a los anteriores, pero diferentes en esencia entre sí porque el manual y el Maestro permitieron y estimularon la actividad del alumno en los procesos elaborativos de la materia objeto de aprendizaje. Aún pudieran añadirse otras variantes a las que no concedemos gran trascendencia en el orden didáctico. Nos referimos al uso de cuadernos de trabajo distintos para cada materia o que recogen grupos de ellas; en fin, que en un mismo cuaderno se van insertando los distintos quehaceres del día.

Aquí, como en todas las cuestiones que estimamos de primordial importancia, debemos dejar constancia de nuestro particular punto de vista, y así decimos en cuanto a las variantes a) y b) que al pretender llevar al cuaderno, bien que en síntesis, la totalidad de los temas del programa de cada materia, al carecer de textos, se ve obligado el alumno a realizar un trabajo abrumador. La casi totalidad de la jornada la invierte en la inserción de resúmenes y esquemas en su cuaderno. La omisión total del libro del alumno no nos parece prudente ni aconsejable y menos que se someta al niño a una tarea de transcripción tan laboriosa. No obstante, hemos conocido y conocemos escuelas que se envanecen al proclamar la excelencia del sistema. Nuestro conocimiento, no muy profundo, ciertamente, por la observación directa, pero sí por vías indirectas, nos llevó a la conclusión de que, en efecto, el alumnado trabajaba en la tediosa tarea de copiar más de la cuenta y que los conocimientos no adquirían verdadera consistencia.

De las modalidades c) y d) huelga ya insistir en que recusamos con acritud la primera y recomendamos sin reservas la segunda.

* * *

2. Al hablar de "cuadernos de trabajo", muchos Maestros sobreentienden que al hacer alusión a los mismos se hace referencia exclusiva a los pensados y redactados por autores especializados y contienen ejercicios y nociones de índole diversa, dejando espacios suficientes para la resolución de problemas de distinta índole, cuestiones por completar, interpretar, etc.

Este tipo de cuadernos de trabajo abarca una gama muy variada pero que, no obstante, bien pueden agruparse por la naturaleza de su contenido y su finalidad en dos apartados: A), destinados a la práctica de los mecanismos de las operaciones aritméticas ("cuadernos de cuentas"), a caligrafía, dibujo y manualismos y B), de una mayor complejidad didáctica que se aproximan en algunos casos a lo que se ha dado en llamar "enseñanza programada".

En el primer caso del grupo A (variante a),

los autores han pensado en proporcionar al niño una serie graduada de ejercicios con vista a la adquisición de un rápido y seguro manejo de los mecanismos operatorios que al menos han de economizar el trabajo de copiar los datos que se le dan ya ordenados, quedando a cargo del alumno únicamente el hallazgo de los resultados. El Maestro, por otra parte, encuentra graduados los ejercicios y no tiene que molestarse en proponerlos.

Otro tanto puede decirse de los clásicos cuadernos de caligrafía, cuyos modelos ha de copiar el alumno con insistencia. La excesiva repetición fatiga y aburre al escolar y los resultados no suelen correr parejas con el tiempo invertido y la paciencia gastada. Por nuestra parte no les hemos dispensado los honores de reservarles un puesto en la carpeta del alumno.

Requieren capítulo aparte entre los "cuadernos de escritura", por el contrario, algunos pocos, muy pocos, que conjugan la finalidad del logro de una letra perfecta con el otro objetivo "más trascendental complejo, que consiste en actuar sobre las ideas y emociones del niño para aumentar su capacidad de comprensión y expresión" (2). Claro que este subgrupo, así como el de algunos del anterior, que exceden los límites de los puros mecanismos, tienen cabida en el grupo B.

Nos llevarían largas discusiones las afirmaciones que vamos a sentar respecto al uso de cuadernos con modelos para la copia de dibujos y trabajos manuales. Ya las hemos sostenido en ocasiones. Somos enemigos de su uso sistemático. La copia no conduce a caminos abiertos. Nuestra enemiga, aquí, es tanta como la abusiva de textos. Bien que se proporcionen al niño técnicas y los rudimentarios elementos representativos, pero dejémosle desarrollar su personalidad artística liberándole de trabas (copias de textos, de páginas caligráficas, de formas, de dibujos de la enciclopedia, del cuaderno, de la revista infantil, del encerado..., y esto en la escuela, en casa...). Seamos comprensivos y favorezcamos la libre expresión del niño. Escuelas de gran prestigio conocemos en que esta manifestación comienza (sin cuadernos ni muestras) apenas puede el alumno en la edad preescolar sostener un pincel o un lápiz en la mano y realiza maravillas.

Mención especial merecen los cuadernos de trabajo del tipo 2-B. Son en sentido estricto los que son conocidos por esta denominación, los que un librero nos muestra al decirle qué cuadernos de trabajo tiene para niños. Su contenido suele referirse a materias concretas, principalmente a Lenguaje y Matemáticas, aunque también abundan los de Geografía mientras escasean los de Ciencias. Por su amplitud pueden li-

mitarse a la comprensión de ejercicios paralelos a un texto determinado o bien, en la mayor parte de los casos, comprenden breves y fundamentales nociones que constituyen la clave de series de ejercicios bien pensados que afirman el aprendizaje. Estos últimos, sin duda, son los más interesantes.

Para nosotros, un buen cuaderno de este tipo, sea cual sea la materia de que trate, debe abundar en gráficos y dibujos expresivos; debe mostrar con nitidez las nociones fundamentales y plantear numerosas cuestiones que exijan una puesta en activo de las facultades psíquicas del alumno, es decir, deben constituir "un conjunto sistemático y graduado de ejercicios que ponga en actividad los mecanismos psicológicos" (3).

Un cuaderno de mera copia, en el que al niño no se le pide que piense, que enjuicie, que elija entre varias situaciones que se le plantean es infecundo y aburrido, al menos. Reuniendo las condiciones antes anotadas es recomendable su empleo: economiza tiempo y esfuerzo vano al niño, constituye un factor más de orden educativo y didáctico y con él se alivia la labor del Maestro, cada día careciente por nuevas exigencias, que de otra forma se vería obligado a repetir ejercicios que un autor especializado meditó con calma y tal vez ensayó reiteradamente. La multiplicidad de actividades que pesan sobre la escuela nos hacen pensar en el cuaderno de trabajo bien concebido como un auxiliar muy estimable, tal vez, con el tiempo, imprescindible a niños y Maestros.

En un lugar (4) tenemos escrito: "El alumno no puede ser un mero receptor ni un simple repetidor de definiciones, reglas y clasificaciones. De ahí la supremacía del cuaderno de trabajo sobre cualquier instrumento didáctico. El libro de estudio es apto para memorizar esquemas de lecciones. En el cuaderno de actividades —así denominamos al de trabajo— van describiéndose las reglas y perfilándose los esquemas a la vez que adquieren las técnicas en el manejo de las ideas y los números". Y hablamos en otro lugar (5) de la "ágil y alegre empresa del hacer fecundo en un cuaderno de trabajo".

El empleo de los cuadernos de trabajo, teniendo en cuenta que, en general, se basan en el hacer individual es tan propio para la escuela de Maestro único como para el grupo escolar. Pero hemos de ser sinceros y decir al Maestro también, además de sus virtudes, el escollo que su empleo le plantea. Ninguno de cuantos conocemos resuelven el problema del autocontrol. Com mayor o menor acierto superan el problema de suavizar, hasta hacer desaparecer los peldaños en la sugestión de nociones y trocarlos en suave

(3) A. Mañilo en el dorso de la portada de "El caballito blanco".

(4) Dorso de la portada de "El cuaderno de Matemáticas", por J. J. Ortega Ucedo.—Edit. Prisma Luce.—Barcelona.

(5) Dorso de la portada de "El cuaderno de Lenguaje", por J. J. Ortega Ucedo.—Edit. Salvatella.—Barcelona.

(2) De presentación de "Gelondrina.—Ejercicios de lectura, escritura y reflexión", de A. Mañilo.

pendiente ascensional. Pero el Maestro ha de revisar los trabajos, resolver pequeñas dudas y animar en todo momento al alumno.

Réstanos considerar los "cuadernos de deberes" y los de vacaciones.

No vamos a opinar en esta ocasión sobre el problema de los "deberes", pero sí debemos decir que conocemos "medios escolares en que los deberes o tareas para realizar en casa constituyen una tradición local y un acuciante deseo de los padres" (6). Hay escuelas donde la asistencia en muchos días de invierno es difícil de lograr por la dispersión de la población. En tales casos los cuadernos de trabajo antedichos pueden prestar un buen servicio. No importa que no lleven tal denominación. Por el contrario, algu-

(6) Dorso de la portada de nuestros "Deberes de clase".—Editorial Rula Romero.—Barcelona.

nos que se titulan de "deberes", al incluir diversas materias, difícilmente consiguen lograr un progreso paralelo en todas ellas por parte del alumno.

Los "cuadernos de vacaciones", creo, deben responder mejor que al concepto de "trabajo" al de "inversión del ocio". En este sentido, aunque en todos los países cuentan con una aceptable bibliografía, incluso a los mismos italianos que llegan a publicar para niños veraneantes en la montaña y en la playa, creo les falta algo en el sentido expuesto. De todas formas nos parece que el Maestro puede aceptar algunos de los que hay publicados. Su elección siempre será preferible a la que suelen hacer los propios padres.

Nos queda, finalmente, hacer una sola recomendación: que a base de las ideas expuestas sea el Maestro exigente al elegir.

REPASO Y REVISION DE LAS TAREAS ESCOLARES

Por A. JOSE MARTINEZ DE CASTRO
Maestro nacional de Alcira (Valencia)

POESIA Y DIDACTICA

«Pasar por todo una vez,— una vez solo y ligero,— ligero,— siempre ligero—», podrá ser, y lo es, en el delicioso poema de León Felipe, un bello lirismo para quien, romero apasionado de renovadas y espirituales romerías, busca la emoción de los caminos recién abiertos; pero es indudable que dista mucho de ser válido como norma didáctica, porque en las tareas escolares —lo sabe hasta el maestro menos experimentado— es forzoso pasar no una vez, sino varias veces, y hasta muchas veces en ocasiones, sobre un mismo motivo, para lograr, a fuerza de *pasar* y *re-pasar*, el propósito informativo o formativo que se persigue; y no «ligero, siempre ligero» —como para su emoción quiere el poeta—, sino despaciosamente, con calculada morosidad, con ese difícil arte de saber «perder el tiempo», que es clave de todo proceso educativo.

Ya lo intufan así, con pleno acierto, los maestros antiguos, al decir, con su admirable buen sentido —que al servicio de una encendida vocación forjó tan ejemplares personalidades—, y decir de manera nada poética, pero muy expresiva, que el método de *machaqueo* es el único infalible. Y su esencia, ya se comprende, era la repetición, la insistencia, el repaso de un mismo trabajo; había que repetir insistente e incansablemente, las cosas en la escuela, como el herrero repite los golpes sobre el hierro para lograr la forja, el carpintero pasa y repasa el cepillo para alisar la madera o el alfarero insiste una vez y otra sobre el barro que gira en el torno para hacerlo utilidad en un vulgar puchero o esbeltez y gracia en una bella ánfora.

En lo docente con tanta o más justificación, porque la disipación, la pereza, la fatiga, el tedio..., acechan detrás de muchas esquinas la eficacia del trabajo escolar y reducen y merman su rendimiento; como el rozamiento, la gravedad, la resistencia del aire merman y reducen el rendimiento de una máquina, que podrá ser más o menos perfecta —como podrá serlo el trabajo escolar por obra de un conocimiento más preciso del niño y un enriquecimiento y una mejor utilización de los recursos didácticos—, pero nunca alcanzará el rendimiento del 100 por 100 —que equivaldría a convertir en trabajo útil todo el trabajo gastado— porque, por grande que sea su perfección, no podrá eliminar nunca totalmente las resistencias pasivas que se oponen a él y los frenan y lo condicionan.

Nuestras resistencias pasivas son de otro orden, naturalmente, pero es forzoso contar con ellas. Y prevenirse contra un excesivo optimismo en punto a la eficacia del trabajo escolar, que es pecado del que, en mayor o menor medida, hemos de acusarnos todos y, en especial, disculpablemente, el maestro novel. En efecto, una preparación cuidada del trabajo, una realización ilusionada y llena de aciertos, nos llevan con frecuencia al error de creer que nuestro esfuerzo se ha traducido en abundantes y sazonados frutos, cuando la verdad es —y bastará para evidenciarlo la más ligera comprobación— que son, en verdad, desoladoramente pobres y mezquinos. Ni porque el trabajo es demasiado fácil, ni porque es demasiado difícil; a veces, simplemente, porque la tarde está tormentosa, porque ha llegado un circo, porque juega el Real Madrid...; la gama de imponderables, aparte esas otras resistencias pasivas permanentes a que antes aludíamos, es prácticamente ilimitada.